

Antonio de Ciudad Real

“De cómo llegó orden del padre comisario al padre Ponce para que subiese a Tecamachalco, y él fue allá, y de una recia enfermedad que le sobrevino”

p. 386-389

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

tanta paciencia, le tenían particular amor y devoción; pero no tuvo efecto esto, por lo que adelante se dirá.

En aquel convento y en el de la Veracruz supo el padre Ponce, por cosa cierta, que el padre comisario había celebrado capítulo provincial la tercera dominica después de la epifanía, y que en él había sido electo en provincial y confirmado fray Domingo de Aréyza, fraile principal de aquella provincia, que otra vez la había gobernado, y que se habían hecho las demás elecciones de definidores y de guardianes; y no faltaba quien pusiese mácula en este capítulo y culpase al nuevo comisario por haberle tenido sin aguardar a que llegase su antecesor, de quien decían fuera razón que se informara qué personas había en la provincia beneméritas, y a quién no convenía dar oficios, y si tenía procesos hechos contra algunos, porque todo esto, y especial lo último, mayormente habiendo sucedido los alborotos que se han visto, era mucho de considerar y parece que obligaba a no tenerle hasta saber la verdad de todo. En lo que más culpaban al padre comisario era en haber admitido a las elecciones, y consentido en que fuesen electos sin haber visto ni sentenciado sus causas, a muchos de los que por el padre Ponce estaban públicamente excomulgados, como fueron fray Pedro de la Cruz en discreto de la Puebla, fray Pedro Oroz en definidor, fray Buenaventura de Paredes asimesmo en definidor y en guardián de México, fray Alonso Díaz en guardián de Tehuacán, y fray Pedro de Requena en guardián de Cuauhtitlán; y aun por esto vinieron a decir que no había de hacer nada en el castigo de los rebeldes y excomulgados, pues no sólo no castigaba a los sobredichos, mas antes los premiaba poniéndolos en oficios. Pero él se descargaba con decir que halló tal la provincia y tan alterada, que fue menester abreviar con todo, porque no sucediese otro alboroto peor que el pasado, y que admitió a las elecciones a los excomulgados por la misma razón, y por otras que por evitar prolijidad se dejan de poner aquí.

[CAPÍTULO CLXIV]

De cómo llegó orden del padre comisario al padre Ponce para que subiese a Tecamachalco, y él fue allá, y de una recia enfermedad que le sobrevino

Estando el padre Ponce en Xalapa con intento de predicar, como dicho es, toda la cuaresma, lunes en la tarde veintisiete de febrero le llegó una carta

del padre comisario, en que, con palabras muy comedidas, le decía que fuese al convento de Tecamachalco, y que allí se verían, por ser aquella tierra más sana y haber en ella más comodidad para comunicarse. Visto esto por el padre Ponce se puso en camino y salió de Xalapa, miércoles de mañana, primero de marzo, llevando consigo a sus dos
MARZO compañeros y a fray Francisco Séllez, y andadas dos leguas
1589 y pasados en ellas cuatro arroyos, llegó temprano a un bonito pueblo de aquella guardianía, llamado Coatepec, muy vicioso y fértil de plátanos y otros frutales, que se riegan con acequias de agua muy buena que entra en el mismo pueblo y pasa por todas las calles y casas. Recibiónle los indios con música de trompetas, flautas y chirimías, y ofreciéronle dos grandes racimos de plátanos y muchas piñas de tierra caliente; agradeciéles su devoción y caridad y pasó adelante, y andadas otras dos leguas en que se pasan dos o tres arroyos y un río, llegó a otro pueblo mayor de la misma guardianía, llamado Xicochimalco, donde se le hizo el mismo recibimiento, que toda es gente muy devota. Pasó adelante porque aún era temprano, y bajada allí junto al pueblo una mala barranca, pasó por el vado un río que corre por ella, y andadas finalmente dos leguas de mal camino, en que se pasan muchas cuestras, barrancas y arroyos, y un poblecito de la misma guardianía, llamado San Francisco, llegó muy mojado de agua del cielo a otro poblezuelo poco mayor y de la misma guardianía, llamado San Juan, en el cual fue muy bien recibido y le dieron los indios de comer y hicieron mucha caridad. De allí salió después de comer con un agua muy menuda, y andadas otras dos leguas de camino muy mojado y resbaloso, cuestras arriba y cuestras abajo, llegó hecho una sopa de agua, ya tarde, a un buen pueblo de la misma guardianía de Xalapa, llamado Ixuacán, en el cual fue recibido con tanta fiesta y música y concurso de indios y indias, como si todavía fuera comisario general; salieron también a recibirle un buen trecho del pueblo algunos españoles, no obstante que actualmente llovía. Danse en aquel pueblo muchas y muy buenas peras, albarcoques, manzanas y otras frutas de Castilla, y dase mucha y muy buena miel blanca de abejas. Hiciéronle los indios mucha caridad, y descansó allí toda aquella noche, aunque fatigaba mucho el recio frío que por entonces hacía.

Jueves dos de marzo salió el padre Ponce de Ixuacán muy de día, con una niebla muy espesa y obscura, y pasados dos arroyos y un poblecito de la misma guardianía llamado Sanctiago, una legua pequeña de Ixuacán, y andadas otras tres leguas largas en que se pasa otro arroyo y un puerto muy alto, llegó, a horas de comer y muy cansado, a un poblecito de siete o ocho casas llamado Cuauhtotolapan, visita también de Xa-

lapa. La legua y media de aquellas tres últimas es de cuesta arriba entre pinares, de camino muy agro, entre llanos, el cual estaba llovido; y hacía por allí muy recio frío, cual lo suele hacer en Castilla por aquel mismo tiempo, especial en lo alto de la cuesta, a donde corría un viento tan recio y frío, que fue menester pasar muy aprisa y no detenernos cosa ninguna por no helarnos. Desde allí al pueblo estaba el camino seco y no hacía frío, a lo menos no se sentía con el calor del sol que ya calentaba mucho, pero todavía cuesta abajo por entre pinos, encinas, sabinas y alisos. En el pueblo le hicieron, los pocos indios que había, la caridad que pudieron que no fue poca, con que descansó aquella tarde y parte de la noche, en la cual padecimos frío excesivo porque el aposento estaba muy desabrigado a causa de que las paredes eran de maderos de sabinas, hincados unos junto a otros tan apartados que entraba y salía el viento y frío como si no hubiera defensa ninguna, no obstante que entre madero y madero pusieron los indios mucha de aquella yerba que se cría en los pinos y encinas y en otros árboles en tierra fría, la cual, como dicho es, se llama *paxtle* y es muy blanda; y della hicieron también aquella noche las camas.

Viernes tres de marzo salió el padre Ponce muy de madrugada de aquel pueblo, y andadas siete leguas largas de camino llano y desierto, por unos prados y dehesas por entre sabinas y encinas y algunos pinos, llegó muy cansado harto ya de andar a un pueblo de indios popolocas, visita de clérigos, llamado Sanct Hierónimo Alxuxuca. No hay en aquellas siete leguas río ni arroyo, fuente ni pozo, ni otra agua, sino solamente una laguna algo apartada del camino, junto a unas minas de plata, que ya no se beneficiaban, y con todo esto en tiempo de aguas se apacienta por allí gran suma de ganado menor. En Alxuxuca había muy ruin recado, y así se remedió mal la necesidad que llevábamos; aquella tarde salió de aquel pueblo el padre Ponce, y andadas dos leguas de camino llano, en que se pasan dos estancias de ganado menor, llegó a un poblecito de los mismos indios popolocas, llamado San Francisco, visita de nuestro convento de Quechúlac, donde de los naturales y del guardián que a la sazón se halló allí que andaba confesando, fue recibido con mucha fiesta y música, y aun algunos indios lloraban de contento y alegría de verle. Agradecióselo a los unos y a los otros, y pasó adelante yendo por guía el guardián sobre-dicho; y andada una legua en que se baja una mala cuesta, llegó a otro pueblo llamado Santiago, de los mismos indios y visita, donde asimesmo fue recibido con grande fiesta. Pasó de largo, y pasadas algunas barrancas, y andada otra legua, llegó ya noche al pueblo y convento de Quechúlac, donde se le hizo muy solemne recibimiento y descansó aquella noche y el día siguiente, hasta después de comer. Estando comiendo

acudieron los indios principales y le ofrecieron una carga de pan, y media arroba de vino y un cestillo de albarcoques, que por ser el tiempo que era fueron muy estimados.

Sábado cuatro de marzo, a las dos de la tarde, salió el padre Ponce de Quechúlac, y andadas dos leguas, llegó temprano al pueblo y convento de Tecamachalco; a la una legua le salieron a recibir más de treinta españoles de los principales que moran en aquel pueblo y le acompañaron hasta él, en el cual había muchos arcos y ramadas y estaban puestas a trechos muchas cuadrillas de indios con mucha música, y los frailes que estaban en el convento que eran muchos, por haber ido con el padre comisario que había llegado allí la tarde antes, le recibieron como si todavía fuese prelado. Salió el nuevo comisario hasta la iglesia, donde se abrazaron después de muchos comedimientos muy familiares, y despedida toda la gente se entraron los frailes en el convento, y ambos comisarios viejo y nuevo estuvieron a solas hablando como una hora hasta que los llamaron a colación y se sentaron todos a hacerla.

Estando haciendo colación, luego así como la comenzaron sobrevino un tan recio y repentino dolor de ijada al padre Ponce, que aunque procuró disimularlo un poco de tiempo, no fue posible dejarse de levantar de la mesa y irse a la cama, y aunque con aplicarle paños calientes aflojó el dolor algún tanto, con que pudo levantarse y ir a la celda del nuevo comisario y entregarle los sellos del oficio, tornó luego a crecer y a agravarse con tanta furia, que le tuvo en la cama hasta las nueve de la mañana del lunes siguiente en un continuo grito, sin poder comer, ni dormir, ni reposar, lleno de angustias y bascas, dando vuelcos a una parte y a otra sin que se le pudiese dar remedio, aunque le aplicaron muchas medicinas, porque cada español traía o decía la suya; cosa que a todos causó notable tristeza y pena, y quien más lo sentía, al parecer, era el comisario nuevo que no cesaba de quejarse de su desgracia, pues a tal tiempo había sucedido aquélla tan grande. Algunas imaginaciones y aun sospechas hubo de que le habían dado algún veneno en la colación, pero nada desto intervino, porque ni tuvo calentura, ni estuvo siempre en un ser aquel dolor sino que crecía y menguaba, y aun, con unos polvos de estiércol de ratones que le dieron a beber disfrazados en un poco de vino, durmió un poco, aunque luego volvió el dolor con las angustias. El origen y principio de aquel mal fue el agua que le cayó encima, y el frío excesivo que pasó desde Xalapa a Quechúlac, que todo esto se le metió en la ijada y se le arraigó tanto en ella, que para su cura perfecta fueron menester muchos beneficios y aplicarlos poco a poco, como después se hizo, con que mediante Dios quedó sano.